# Un libro laberinto

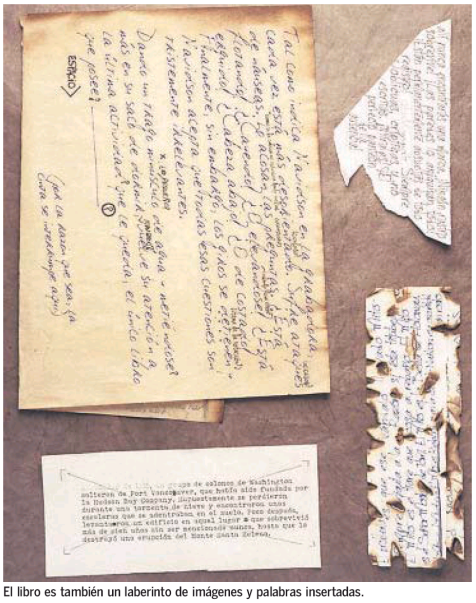
**La casa de hojas**
Mark Danielewski
Traducción de Javier Calvo
Alpha Decay / Pálido Fuego
Barcelona, 2013
709 páginas. 29,90 euros

Por **José Luis de Juan**

NARRATIVA. IMAGINEN UN LIBRO escrito por un ciego acerca de un célebre documental que nunca ha visto sobre una casa encantada de Virginia, cuyo interior se expande infinita y caprichosamente como un laberinto de la oscuridad misma, el cual es hallado por un drogata aprendiz de tatuajes de Los Ángeles, Johnny Truant, que lo pretende editar y a la vez escribe prolijas notas a pie de página del perturbador, magmático, intrigante ensayo del ciego, acerca de su envidiable vida sexual, sus rocambolescos viajes y su alucinada madre. Es difícil imaginarlo, en efecto, y más aún hacerse a la idea de cuál es su aspecto físico, es decir, el libro "en sí", la novela, o lo que sea, quizá sea mejor emplear la palabra "nivola", aunque Unamuno se revuelva en su tumba. Porque tenemos en las manos (los que se atrevan, verdaderos exploradores) un libro que es refractario a la era digital, que si bien parece y quiere ser posmoderno, es en el fondo como aquellos libros de horas que los monjes iluminaban en interminables vigilias hambrientas.

Y hambriento de fama literaria sí era Mark Danielewski, que consiguió movilizar internautas y atraerlos al agujero negro de su primera novela, viendo que no conseguía editarla. *La casa de hojas* (2000) fue un meritorio fuego de artificio que luego no tuvo continuación, pues las otras obras del americano se quedaron chatas a su lado. Pero dio la campanada. Y sus campanas siguen sonando bien en la versión española, un *tour de force* para el traductor y la editorial. El redoble es, en gran parte, un *déjà écouté,* con ecos clásicos de Borges, Lovecraft, Melville, Poe, así como los más cercanos Barth y Pynchon. Sin olvidar a Cervantes, cuyos quiebros quijotescos aparecen de tapadillo. Y sin embargo, tanto la concepción de la obra como su desarrollo narrativo tienen destellos de brillantez propia: la noción de "casa infinita", de universos paralelos, y su relación con el mito del minotauro y su laberinto, se despliega mediante un sinfín de recursos, desde el relato de aventura y horror hasta el empleo de la lírica y de las cartas (muy logradas las que dirige Pelafina a su hijo), pasando por la crítica de películas, el ensayo sesudo, la entrevista, las listas ilegibles, los dibujos y las páginas vacías. Además, Danielewski ha sabido crear personajes de carne y hueso, de manera que lo fantástico, como decía Todorov, se hace cotidiano y deviene en duda en la mente del lector. El fotógrafo protagonista Navidson, su mujer Karen y su hermano Tom; los exploradores Halloway y Wax, llegados para entrar en un armario y perderse en un espacio ilimitado y elástico, donde a la postre no hay arriba ni abajo, como en las escaleras de Escher, como en los relatos de Kafka; el mismo Truant y la *stripper* Tambor: todos son personajes que se hacen visibles y contrapesan la avalancha de información y pedantería, las voces paralelas en a veces irritantes notas a pie de página que se mezclan con el análisis cinéfilo del ciego Zampanò y conducen a laberintos sin salida, de excesos tipográficos con encuadres y líneas transversales que contrastan con perversos derroches de papel.

El autor logra, pese a todo el exceso calculado del libro como objeto físico e intelectual, que el lector se interese por el documental de Navidson. Que siga con interés las aventuras de los exploradores, el enigma de la casa maldita, el destino de esos hombres que, en contraposición a Karen, como paradigma de lo femenino, que se aferra a lo visible y palpable, se empeñan en domeñar y cartografiar el vacío innumerable de la caverna. Incluso emprende indagaciones psicológicas en las mentes del fotógrafo ganador del Pulitzer por su foto de una pobre niña sudanesa, y de Johnny, quemado con aceite hirviendo en la cocina de su madre. Las obsesivas incursiones en el Pasillo Infinito, el Gran Recinto y la Escalinata Espiral se cobran varias vidas, mientras Derrida y Stephen King, Rilke y Homero discuten, junto con psiquiatras y físicos cuánticos, acerca de las secuencias de ese Informe Navidson que es una película dentro de una novela, dentro de un ensayo, en el interior de un libro que es un laberinto de imágenes y palabras insertadas a mano, letra a letra, con tipos de plomo. Al final es quizá esta contraposición entre la irrealidad narrada de los fotogramas, que captan gestos y miradas ajenos a la naturaleza, con la incomprensible naturalidad de lo atávico, el familiar gruñido que proviene de las profundidades, donde radica el valor de esta obra singular, irrepetible. •



El libro es también un laberinto de imágenes y palabras insertadas.

**Herejes**
Leonardo Padura
Tusquets. Barcelona, 2013
518 páginas. 21 euros

NARRATIVA. EN LA NUEVA NOVELA de Leonardo Padura, *Herejes,* sale de nuevo su expolicía Mario Conde a resolver entuertos. Los lectores del autor cubano ya conocen el método de Conde: intuición demoledora y una mirada tan lúcida como desilusionada sobre la situación social y política de la revolución cubana. El lector también sabe que Conde no anda sobrado de dinero. Siempre tiene que calcular muy bien los réditos económicos de los trabajos antes de aceptarlos. Y otra circunstancia que el lector de Padura no ignora es que su detective, una vez abandonada su condición de funcionario policial, se gana la vida como puede dedicándose a la compra y venta de libros valiosos. Ahora en *Herejes,* Padura nos entrega una novela que transita por el género histórico y el filosófico. Apenas queda espacio para el relato policiaco, como si Mario Conde mirara desde la barrera el paso de la historia y los inquietantes paralelismos que se suelen producir entre el pasado y el presente.

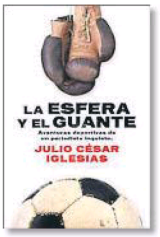
*Herejes* recupera un asunto que quizás algunos lectores desconozcan (como el que esto escribe, por ejemplo): la realidad social, ética y económica de la comunidad judía en Cuba, y más exactamente de la judería de La Habana. Padura urde una historia donde se nos relatan las peripecias de una familia judía que llega a La Habana huyendo de la persecución nazi en Europa. El 13 de mayo de 1939, el buque *St. Louis* zarpa de Hamburgo con 937 pasajeros: casi el ciento por ciento son refugiados judíos. A su llegada a La Habana, el presidente de turno veta el desembarco, excepto si pueden pagar quinientos dólares por visado. Solo 29 pasajeros pudieron abonar esa cantidad. El buque retorna a Europa. Y de sus pasajeros, solo 240 sobrevivieron a los campos de exterminio. (Esta información fue extraída del reportaje sobre Padura que firmó Laura Revuelta y que se publicó en el *Abc Cultural* el 21 de septiembre de este año). Pues bien, Padura inserta un cuadro de Rembrandt en la trama y, a partir de ello, despliega su fresco histórico-cultural donde pasado y presente se entrecruzan, se interrogan y se piden cuentas. Es decir, se enfrentan los días de Rembrandt (el majestuoso autor de *La ronda de noche* o el enamorado pintor de su primera esposa Saskia) en medio de la judería de Ámsterdam y un cuadro suyo con el que miserablemente se engañó a la familia judía más arriba mencionada: se la engañó y se la condujo a Auschwitz.

La novela de Leonardo Padura es un admirable ejercicio de reflexión histórica (que no de recreación histórica). Dividida en tres grandes capítulos, todo encaja para visualizar el pasado de las ideas estéticas y filosóficas junto a su implacable persecución frente al presente de las ideologías más cerriles. A la vez la realidad social cubana nunca queda fuera de la mirada crítica de Padura: ni siquiera el presente más rabioso, encarnado en una chica de indumentaria gótica paseando su desolación y su búsqueda de una verdad, una sola por más insignificante que fuera, por las calles de La Habana de nuestros días. De *El hombre que amaba los perros* tengo grabada la figura de Ramón Mercader y su madre. De *Herejes,* la inclemente vida de Rembrandt y las víctimas de la intolerancia de la época. Pero también esa especie de melancolía esencial que arrastra Mario Conde, el hombre que nunca estuvo en Ámsterdam. **J. Ernesto Ayala-Dip**

**La esfera y el guante**
Julio César Iglesias
Editorial Córner. Barcelona, 2013
365 páginas. 17,90 euros

CRÓNICAS. JULIO CÉSAR IGLESIAS es uno de los grandes de la escritura periodística. El aire de sus reportajes y de sus columnas habrá quedado en la memoria de cientos de miles de lectores de *Marca* o de las páginas deportivas de EL PAÍS, y quizás también en la de quienes, con más edad ahora, seguían sus crónicas en el diario *As* de los años setenta sobre los partidos del Rayo Vallecano, textos aquellos en los que ya se veía un estilo llamado a sobresalir: el que se apoya en los datos y vive en las metáforas. La vieja aspiración de poner nombres a las ideas se cumple con él de manera sorprendente (eso es el estilo: la sorpresa). La editorial Córner (especializada en deportes) ha recopilado ahora los reportajes y artículos escritos por Iglesias en EL PAÍS entre 1996 y 2007, y en *Marca* y *El Mundo* más recientemente (lástima de aquellas crónicas vallecanas, ausentes aquí).

Todo el libro, como el estilo de Julio César Iglesias, es un homenaje a la metáfora certera: la que vuela atada al suelo. Los cambios de ritmo de Di Stéfano "eran tan suaves como los movimientos del pez alrededor del anzuelo"; a diferencia de los de Butragueño, que simbolizaban las cinco velocidades de un coche, con esa quinta que conectaba al entrar en el área ("la quinta del Buitre", expresión ofrecida luego con otra de las acepciones de esa palabra para clasificar a una generación de grandes futbolistas: Butragueño, Míchel, Sanchis, Pardeza y Martín Vázquez, precisamente un quinteto). Kubala aparece descrito como "un matemático que se hacía pasar por futbolista"; el rudo Arteche, defensa del Atlético, fue un "poeta de la escuela paleolítica", y su presidente, Jesús Gil, "un trotajuzgados". Induráin se diferencia mucho de Perico Delgado, porque el navarro de aceleraciones discretas pero constantes "en vez de clavar el puñal, pasa la lima". Al gerente boxístico Angelo Dundee "el corazón se le transformaba en cuenta corriente"; el púgil alemán Peter Weiland cayó al suelo como "una cervecería con guantes", y el español Toni Ortiz "tenía un esqueleto fino y destartalado como una asamblea de mondadientes".




Esta recopilación de artículos sirve además para apreciar la clarividencia de Julio César Iglesias en los pronósticos y su percepción temprana de los talentos deportivos. Y, cómo no, para rescatar del olvido algunos nombres del ilusorio imaginario español, como Luis Folledo o Pepe Legrá; de los tiempos en que todo eran golpes.

Las críticas a esta obra no son achacables tanto al autor como al proceso editorial. Se echan en falta unas líneas previas (dos o tres) que enmarquen cada artículo para proyectarlo sobre el contexto en que se publicó; y también habría sido de utilidad un índice de nombres al final.

Algún lapsus —la confusión entre los árbitros Byron Moreno y Gamar al Ghandour (página 219), ambos aciagos en el Mundial 2002, pero distintos— nos plantea si en un libro así se han de mantener las equivocaciones por respeto a la hemeroteca o corregirse por respeto a la veracidad; pero se trata de asuntos muy menores (entendibles en el fragor frenético del artículo en el diario) frente a la riqueza total de este libro, una preciosa antología para estudiantes de periodismo en busca de referencias y también para seguidores históricos del deporte en busca de disfrute con la lectura y los recuerdos. **Álex Grijelmo**



Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern.: 800.6364.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW